

EL PORVENIR DEL OBRERO

Lección de anarquismo

Varios individuos, que se creen anarquistas, publican unas líneas contra mí en *Tierra y Libertad*. Se pretende en aquellas líneas que el que firma las presentes, diga, bajo amenaza y con palabras gruesas, el nombre del compañero que le propuso la publicación de un diario sindicalista germanófilo. Yo no creo a los verdaderos anarquistas capaces de efectuar ningún acto bajo amenaza, ni es libertario, quien, bajo amenaza, espera, de otro, la afirmación de un hecho.

Si con la dignidad propia hemos de medir la agena, no la tienen quienes creen capaces a los demás de realizar, por fuerza o cobardía, un acto cualquiera.

Así, pues, pídaseme de buenas maneras, no diré rogando, no lo diré precisamente por medir la dignidad ajena con la propia, pero sí pidiendo por favor, y entonces los firmantes de aquel escrito y el que firma el presente quizá se entiendan. Pero aconsejo a mis contrincantes que extiendan el círculo de sus lecturas, porque de no leer más periódicos que los que han leído hasta ahora, se quedarán, aunque yo les obedezca, tan enterados como antes, si persisten en ver el nombre del pecador en el mismo periódico en que conté el pecado, que no fué EL PORVENIR DEL OBRERO.

Además, para entendernos con mayor facilidad, bien será que los autores de las amenazadoras líneas que motivan las presentes, al mismo tiempo que pidan, por favor, la publicación del nombre que quieren averiguar, digan a santo de qué se han sentido ellos molestados; a santo de qué me piden explicaciones, y con qué títulos, precisamente ellos y no otros, me exigen la publicación del nombre que tanto les preocupa. De suerte que han de pedirme en buenas formas (la educación no debe estar reñida con la anarquía) y luego han de demostrarme algún derecho para querer de mí lo que con tanto furor piden.

Aquí pondría punto final a estas líneas si los autores de las que las motivan no se creyeran anarquistas; pero considerándose libertarios, debo decirles que para hacer lo que podía haber hecho uno, no era necesario buscar el apoyo de otros. Con que firmase el suelto a mí dirigido el que lo había escrito bastaba, y no sólo bastaba, sino que su actitud hubiera sido más gallarda y más anarquista. ¿Por qué ahogar la personalidad? Si por cosa tan sencilla dejamos de ser uno, para ser varios, que es como no ser nadie, ¿qué

criterio tendremos de nuestra individualidad y de nuestra capacidad?

Obrando tal como lo han hecho los... que se han amoscado (iba a decir anarquistas) por mi artículo «El oro alemán en España», me dan derecho a creer que no hay entre ellos un criterio anarquista y que el que escribió las líneas que pretenden mortificarme, por cuenta propia o ajena, después que las hubo escrito, se sintió pequeño en personalidad y en voluntad y buscó el apoyo de los otros. Esto no tan sólo no es de anarquistas, no es de hombres.

Al efecto recuerdo que un periodista, de alma bajuna, insultó la memoria de Tarrida y yo cogí la pluma y contesté como se merecía al periodista innoce. ¿Para qué buscar la firma de otros si yo solo había pensado y escrito aquello y solo me creía capaz de sostenerlo? Aplicar el apoyo mutuo en las cuestiones personales, no es de anarquistas ni es de hombres. No es libertario el que no procura ser siempre él; obrar siempre por su cuenta y riesgo; afirmar su personalidad; destacarse de la masa por un gesto, por una frase, por un hecho. Sentiría muy de veras que esta lección de anarquismo tuviese que continuar.

Federico Urales.

Estamos de acuerdo

Con el nombre de *La Unión Latina*, se publica en Palma de Mallorca un semanario que viene realizando una brillante campaña de oposición a los reaccionarios germanófilos, tan numerosos e influyentes en la vecina isla.

«Hacia el desastre» se titula un artículo en que el notable abogado don Jerónimo Pou trata de los peligros que entraña para la nación española el triunfo de los alemanes.

«Sólo una solución, dice el señor Pou, puede convenir y salvar a la nación española.

«La victoria completa, absoluta, definitiva de las naciones aliadas, que les permita imponer a los aniquilados imperios centrales una paz larga y duradera, acabando con la insoportable amenaza del militarismo y el delirio de la dominación universal, porque entonces, bajo los auspicios de una paz definitiva, no habría necesidad de tomar posiciones en previsión del porvenir, España debería su salvación al éxito de los aliados, no a sus propias virtudes, ni a las imprevisiones de su gobierno, que hace cuanto hay que hacer para llevarla a la más completa y triste anulación».

Estamos conformes; sólo que cuanto dice el señor Pou del porvenir de España, nosotros lo decimos de la paz y de la libertad de todos los pueblos del mundo.

Procuremos orientarnos

Nadie sabe lo que ocurrirá en Europa después de la guerra, ni tampoco sabe nadie a ciencia cierta como acabará la guerra.

Entretanto, nuestras propagandas, nuestras luchas, todas nuestras cosas se hallan en suspenso, esperando los resultados de la guerra, porque según sean unos u otros los vencedores y conforme a las condiciones y circunstancias en que se establezca la paz, la suerte futura de los pueblos europeos será muy distinta; y muy diferente habrá de ser, por lo tanto, la actitud de los revolucionarios que aspiramos, no sólo a conservar las libertades adquiridas, sino a transformar radicalmente la sociedad completando las revoluciones religiosa y política y realizando la económica.

Se ha dicho ya muchas veces, pero importa repetirlo hasta la saciedad, porque algunos parecen empeñados en no comprenderlo, que la derrota de Inglaterra y Francia sería la derrota de la libertad, de los derechos del hombre y de la independencia de los individuos y de las naciones.

El triunfo de Alemania y Austria sería el triunfo del principio de autoridad, del privilegio aristocrático y del absolutismo de los reyes, retrocediendo Europa, política y socialmente, en doscientos años, por lo menos.

Así como después de la destrucción del imperio romano por los germanos, cayó sobre el mundo una noche de brutalidad y barbarie que duró largos siglos, y las ciencias y las artes hubieron de refugiarse en los conventos; así también después de la victoria del militarismo prusiano, las ideas de libertad, independencia y autonomía tendrían que buscar ocultos asilos y emigrar a lejanas tierras y los hombres que las representan y propagan serían perseguidos y exterminados con la crueldad con que hoy se ven tratados los belgas y los franceses de las regiones invadidas.

Seguramente, dentro de algunos años, tal vez siglos, el imperio triunfante se debilitaría y entre las nuevas generaciones aparecerían hombres fuertes, inteligentes y abnegados que crearían un nuevo Renacimiento y abrirían al progreso humano nuevos horizontes que hoy no podemos prever ni sospechar.

Pero lo que pueda suceder dentro de algunos siglos no nos interesa tanto como el que no triunfen ahora los modernos bárbaros. En los acontecimientos actuales podemos intervenir con alguna eficacia; en lo que sucedería después, si venciesen los imperios militaristas, no podemos tener ninguna influencia.

Hablemos, pues, de lo que puede sobrevenir si triunfan las naciones democráticas.

Desde que Luis XVI murió en la guillotina, el pueblo francés representa la revolución; y no la revolución en Francia solamente, sino en todo el mundo, porque en Francia se proclamaron, no los derechos de los franceses, sino los Derechos del Hombre; y por su influencia han tenido lugar todas las revoluciones europeas del siglo diez y nueve. En Francia han tenido su

nacimiento y desarrollo las ideas de libertad y de los escritores franceses las hemos aprendido. Los progresos anteriores del socialismo francés y la participación de los más caracterizados socialistas en los gobiernos nacionales de Francia y Bélgica en estos momentos críticos, nos demuestran claramente la orientación futura de estos pueblos si una victoria decisiva les permite vivir libres de las preocupaciones de la preparación de la guerra a que la amenaza del militarismo prusiano les obligaba.

Inglaterra hizo su revolución antes que Francia, y si no adquirió de momento un carácter tan universal, engendró las libertades americanas, australianas, etcétera, que en el porvenir tendrán una importancia incalculable. Bajo el punto de vista social, Fernando Tarrida dijo que las reformas de Lloyd Georges eran «la medida más fecunda que haya adoptado jamás un gobierno» y «la reforma más hermosa que haya aprobado jamás un Parlamento»; y yo añadí en este mismo periódico que «equivalían a una revolución». En marzo de 1913 dije también que aquellas reformas eran «el primer golpe de muerte al concepto romano de la propiedad, que había resistido las invasiones de los bárbaros y las revoluciones religiosas y políticas». Las necesidades de la guerra han dado ocasión al mismo Lloyd Georges para demostrar su poco respeto al privilegio de la propiedad individual ante las conveniencias colectivas.

De Italia, ya se publicó en estas mismas columnas el concepto de Bakounine, señalado por algunos como germanófilo, respecto de la idea latina de la libertad, enfrente del despotismo, imperialista o socialista, pero despotismo siempre, de los germanos.

Rusia está muy atrasada, no hay duda. En el método científico y en la técnica industrial está por debajo de Alemania; pero creemos que con Bakounine, Kropotkine y Tolstoy no pueden compararse Carlos Marx y sus discípulos.

En las naciones neutrales la división es clara: los conservadores y regresivos, están con Alemania y Austria; los liberales con Francia e Inglaterra. El triunfo de las primeras sería un golpe de muerte para los partidos democráticos en toda Europa. La victoria de los segundos abriría todos los corazones liberales a la esperanza, nos daría un valor de que hoy carecemos y estaríamos en condiciones de aspirar a la realización de nuestras bellas ilusiones.

No quiero decir que con el triunfo de los aliados se hayan de realizar nuestras esperanzas por sí mismas, sino que estaremos en condiciones de poderlas conquistar. Para ello hace falta que nos orientemos desde ahora con inteligencia, que calculemos lo que debemos hacer y que procuremos ponernos de acuerdo los que tenemos aspiraciones iguales o semejantes.

La conducta de los fanáticos intransigentes ha engendrado muchos fracasos; su actitud actual es torpe y dañina; procuremos en lo porvenir no dejarnos arrastrar por el vocerío de los inconscientes ni por a astucia de los mal intencionados.

Juan Cualquiera.

FRAGMENTO de una carta de Valdervelde al socialista alemán Scheidemann

«...Decís, en primer lugar, que si hubiese hablado en París ante obreros socialistas, no hubiera dejado de ser contradecido y hasta es posible que violentamente.

»Me parece soñar al leer semejantes cosas, pues revelan que no sospecháis siquiera lo que es la unanimidad formidable que existe, en el proletariado francés como en el belga, contra los autores responsables de esta espantosa guerra.

»Y luego os admiráis de que, siendo socialista, pacifista e internacionalista, yo esté «por la guerra hasta el fin».

»No son esas expresiones de los cuales yo me haya valido; pero si por «la guerra hasta el fin» se entiende la guerra hasta que Guillermo II sea vencido, como lo fué Napoleón III, entonces sí, esas palabras traducen fielmente mi pensamiento. Por lo demás, no hice, al hablar así, más que repetir lo que dicen en la resolución de Londres, todos los socialistas de los países aliados, incluso, no lo olvidéis, Mac Donnal, Keir Hardie y demás delegados del Independent Labour Party.

»Mi actitud, no obstante, os produce una impresión penosa en exceso, porque Valdervelde no es sólo un miembro del gobierno belga, sino el Presidente del Comité socialista internacional.

»¿Creéis, pues, que ese título me condena a permanecer impasible?

»Con el apoyo moral de vuestro voto en favor de los créditos de guerra, los ejércitos del kaiser han violado, contra todo derecho, la neutralidad belga, invadido, devastado, martirizado a mi pobre país. Nuestras Casas del Pueblo de Taminés, Andennes y Lovaina han sido quemadas. Nuestros diputados y concejales fueron, como los demás, tomados en rehenes. Millares de trabajadores, echados de sus hogares, debieron emprender los caminos del destierro. Nuestros soldados, envenenados por los gases asfixiantes, vomitan sangre y mueren, tras horribles padecimientos, en los hospitales de Flandes. Si mi mujer hubiese regresado de los Estados Unidos quince días después, hubiera perecido, traídoramente asesinada, con el *Lusitania*. Cuanto amo sufro. Cuanto detesto se esfuerza por agobiarnos, y, cuando estoy con los que luchan, con los que peñan, con los que mueren en esta guerra que es, para nosotros, belgas, según confesión vuestra, una guerra de legítima defensa, ¿mi actitud os produce una impresión penosa? ¿Qué pensaré yo de la vuestra?...

»¿Pero, se me dirá acaso, entonces por qué predicáis «la guerra hasta el fin»? Por qué repudiáis las insinuaciones de los compañeros de Alemania, por qué no queréis «trabajar con ellos por la reconciliación, a fin de que a una guerra lo más breve posible pueda suceder una paz durable»? ¿Por qué?

»Pues porque no es con la Democracia Socialista con quien contendemos, sino contra el kaiser y sus ejércitos. ¡Oh, no lo dudo, no! no quiero dudar de que si se tratase de entenderse con vosotros, el acuerdo, pese a nuestros motivos de queja, no sería imposible.

»¿Pero quién ignora que si la paz diese hacerse actualmente no serían los socialistas de Alemania ni los de Austria los que fijarían las condiciones?

»Mientras Bélgica y Polonia estén ocupadas, y Francia invadida, y el cesarismo alemán no sea puesto en la imposibilidad de hacer daño, la paz será, según la expresión de Guesde, la más peligrosa de las treguas y, añado yo, la más sublevadora de las injusticias.

»Hace ya algún tiempo que los pacifistas norteamericanos rogaron a uno de los más venerados de los Estados Unidos, al ex rector de la Universidad de Harvard, Carlos Eliot, que laborase con ellos por la paz.

»El Sr. Eliot les respondió:

«No podría imaginarse peor catástrofe para la humanidad que la paz en Europa, en los actuales momentos. Los que por la paz se agitan contraen, ciertamente, grandes responsabilidades. Si la paz fuese hecha hoy, Alemania se quedaría con Bélgica y el militarismo quedaría victorioso. Sería el triunfo de los que han cometido el crimen mayor que pueda perpetrar una nación: la violación de la fe de los tratados y la santidad de los contratos.»

»Hé aquí lo que piensan los jueces imparciales que aman la paz pero que no quieren la paz sin la justicia.

»¿Cómo se quiere que pensemos de otra manera nosotros, las víctimas?

»Fuimos injustamente atacados. Nos batimos desesperadamente por nuestra libertad y nuestra existencia nacional. Estamos en nuestro derecho. Es nuestro deber, un deber sagrado. Lo cumpliremos «hasta el fin».

»Posible es, Scheidemann, que vuelva a veros un día en nuestra Casa del Pueblo, allí en donde Haase y Jaurés firmaron nuestro supremo llamamiento en favor de la paz. ¡Pero para eso, preciso será que vuestros soldados no nos prohiban el acceso, que Bélgica sea libre, que le sea otorgada la justa reparación y que, por la coaligación de todas las fuerzas de Europa, el cesarismo germánico sea vencido!

NON-NON

Quan de nit te rodegen les ombres
¿no veus foch y més foch y més foch,
qu'en immensa fornall t'encercola,
t'abrassa, t'arbora,
devorant tes entranyes de llop?...
César, oh César, ¿y tu pots dormir
quan te reclines damunt del coixí?

Quan els parpres la són te ve a cloure
¿no veus sang y més sang y més sang,
com un mar d'infinites onades
rogenques, inflades,
que't munta a la gola y ofega bramant?...
César, oh César, ¿y tu pots dormir,
quan te reclines damunt del coixí?

Quan frisós en ton llit te revolques
¿no veus morts y més morts y més morts,
com montanya de carn que s'axeca
molt alta, molt alta,
damunt teu desplomantse de cop?...
César, oh César, ¿y tu pots dormir,
quant te reclines damunt del coixí?

Quan de nit a ton Deu t'encomanes
¿no veus punys y més punys y més punys
que s'axequen de tota la terra
que's crispen, que branden,
y en ton crani s'abaten fexuchs?...
César, oh César, ¿y tu pots dormir,
quant te reclines damunt del coixí?

Apeles Mestres.

Guerra a la guerra

Las máximas religiosas «a quien te abofetea en una mejilla preséntale la otra», «a quien te robe la capa dale el sayo» atribuidas al hijo de Dios y presentadas por sus representantes como la expresión suprema de una moral altruista muy elevada, conducen fatal e irremisiblemente a perpetuar la esclavitud política y económica, conducen a la degradación humana; por consiguiente, no pueden ser buenas, ni justas, ni morales. Por haberlas obedecido los resignados y los humildes, la prepotencia de los poderosos y de los soberbios está hoy a punto de llegar a la «deificación» a la «apoteosis».

Cuanto más se han humillado los individuos y los pueblos, tanto menos han sido respetados; por el contrario, cuanto más se han rebelado contra las imposiciones ajenas, tantos más grados de independencia y de libertad han conseguido.

El ideal anarquista es de emancipación humana; amantes de la humanidad los que le siguen, dignificarán tanto al ideal, cuanto más desinterés demuestren en hacerse solidarios de la causa de los individuos y de los pueblos que, viéndose amenazados y ultrajados por otros que se consideran más fuertes, saben rebelarse contra ellos y responder, a la guerra ofensiva de opresión y tiranía que les hacen, con la guerra defensiva de su dignidad, de su libertad e independencia.

Frente a la pavorosa guerra europea y entre el inmenso número de los no combatientes que se precian de cultivar ideas elevadas y de estar poseídos de nobles y humanitarios sentimientos, pueden contarse por los dedos los que *no desean* el aplastamiento del militarismo de los imperios centrales y no demuestran sus simpatías por la causa de los pueblos contra ellos aliados. Apurados han de verse para contradecir esta verdad los que nos llaman «guerrerristas» porque, ateniéndonos a lo positivo, declaramos y prestamos sinceramente nuestras simpatías a los individuos y a los pueblos que, en la actual contienda, todo el mundo sabe que se las merecen.

Ayudarles a estos pueblos a hacer la guerra, para terminar pronto la guerra, es deber de los que ciertamente desean la paz, de los *verdaderos pacifistas*. Declarar guerra a la guerra equivale a demostrar tangiblemente que los amantes de la paz no perdemos de vista el objeto que nos proponemos, que no es otro que romper el triple yugo que oprime y vela los ojos de la Humanidad, el yugo de la fuerza brutal, el yugo del dinero sin compasión ni conciencia y el yugo de las preocupaciones hereditarias.

He ahí el ovario donde se incubaba el malestar de los pueblos, donde se ha incubado esta horrible guerra en que los pueblos, como dice el compañero Juan Grave, «van a matarse por el placer de algunas bestias feroces que han dominado la política europea para provecho de los abastecedores de armamentos», en que a los anarquistas, dice también, «nos es preciso reconocer que los pueblos aliados, hasta donde han podido, han tratado de evitar el conflicto preparado por el partido militarista de Alemania y Austria con la sanción de sus emperadores». «Los dos kaisers», dice el querido compañero Carlos Malato, «se han embarcado ciegamente en la criminal aventura». «Por la salvación de la humanidad, es preciso que sucumban». «Ya que no hemos podido conseguir que el proletariado internacional haya desplegado su roja enseña en defensa de su propia causa contra todas las fuerzas opresoras nacionales e internacionales que quieren la guerra cruel de los chauvinistas que llena de orgullo a los vencedores y deja en el corazón de los vencidos el germen del rencor y de la venganza implacables, nosotros nos vemos obligados a definir nuestra acción sobre los acontecimientos, no para seguirlos ciegamente, sino para orientarlos.» «A la guerra de opresión que nos hacen, precisa responder con la guerra independiente de los cuerpos francos, de los grupos, de los individuos, todo es útil. Ha sonado la hora del despertar de los pueblos europeos. Todos adelante, por la libertad universal.»

Los que así han hablado, han sido tratados de traidores y de apóstatas, se ha puesto en entredicho su preclara mentalidad y han sido excomulgados por algunos anarquistas que, al igual que los rabinos del antiguo culto judaico, se arrojan para sí una especulación y preponderancia siempre funestas al principio de libertad.

Ahora nos descubren que el Congreso de la Paz del Ferrol había sido convocado para «debatir en él armas poderosas para mancillar el proceder, y dejar malparada la desastrosa obra que los Grave, los Kropotkin y los Malato, están llevando a cabo con su cooperación... Nos hiela el corazón pensar en el triste lugar que hubieran quedado los organizadores de un congreso que, a pesar de los grandes fines que le animaban, aunque se hubiera celebrado sin restricción alguna, no tenía ni podía tener la importancia que hubiera tenido de haberse celebrado más oportunamente, cuando la guerra estaba suspendida sobre la cabeza de los pueblos de Europa y amenazaba flagelarlos, a los beligerantes con la metralla y a los neutrales con el hambre. Entonces, cuando se veían agravar las circunstancias presentes, en que la sociedad entera está dislocada, cuando se veía inminente avanzar la invasión de los bárbaros para comenzar su obra destructora, pulverizando a los pueblos que quieren conservar su independencia, es cuando debiera haberse celebrado el Congreso de la Paz, y en él, lejos de haberse «debatido armas poderosas» contra los que antes de la guerra y durante la guerra forman la vanguardia revolucionaria de los que quieren impedir que los bárbaros imperialistas irruman las puertas de la civilización, para imponer al mundo un siglo de opresión y militarismo, se hubiera tratado de traducir al hecho lo que hace tantos años venimos predicando con la palabra; lo cual, es equivalente a declarar guerra a la guerra.

Negarnos a prestar ni un hombre ni un céntimo al militarismo, desoir las órdenes de movilización, negarnos a cargar ni descargar los buques destinados a las naciones beligerantes, a conducir los trenes a los campos de batalla y decidirnos a emplear todos los medios que las hubieran impedido guerrear, es la obra de los que maldecimos la guerra, son los medios que debieran haberse puesto en práctica antes de su comienzo, y que, por no haberlos empleado, daban al Congreso del Ferrol algo así como el carácter de rehabilitación de una grave falta, ya que en él se hubieran debatido esos mismos medios, al lado de otros considerados como conducentes para imponer la paz basada en la solidaridad mundial de los trabajadores, en la libertad e independencia de todos los pueblos, que es la paz que nosotros queremos, por entender que sólo así puede hacerse duradera, puede afianzarse, tanto, que se hará imposible la repetición de ver ciudades arruinadas, campos yermos, fábricas paradas, desmoralización general, epidemias mortíferas, dictaduras tiránicas, orfandad y viudez, negociantes millonarios, numerosos inválidos y, por último, miseria en general, porque todo eso es lo que produce la guerra; y la paz que nosotros queremos, enténdalo así los que nos llaman «guerrerristas», no se ha de imponer *rezando el rosario* ni propagando un pacifismo favorable a los kaisers de los imperios centrales que en nueve meses de guerra han hecho beber más sangre a la tierra que Atila y Napoleón.

El Congreso de la Paz, pese a los anarquistas que sienten que nos oponemos al paso de los ejércitos de Guillermo en marcha, a la irrupción de los bárbaros que, con el lema de «Alemania sobre todo» y con una preparación criminalmente meditada durante cuarenta años, han llevado la guerra a todas partes, obligando a tomar las armas a naciones que sabemos han hecho cuanto pudieron por evitarla; el Congreso de la Paz, repito, si se hubiera celebrado, no hubiera sido tal, si de él no hubiera salido una *nueva declaración de guerra* para aniquilar el militarismo de los imperios centrales, *causantes de la guerra*, para preparar la opinión pública y prevenir a los trabajadores a fin de que, derribado ese militarismo, principal ene-

migo, fuéramos bastante conscientes para impedir los apetitos que pudieran despertarse en el otro militarismo, en el de los aliados, al que también hay que derribar, para que no se interponga a la paz que nosotros queremos, y, como dice Juan Grave, «para que no impida que la paz sea el punto de partida de una verdadera inteligencia entre todos los pueblos, incluso el pueblo alemán, ni sea el germen de nuevas minas destinadas a explotar tarde o temprano».

Aquilino Gomez.

El rabo de Juan Rull

Manuel Andreu habló del oro *beligerante* y le contesté con repugnancia; explicé después medianamente aquellas palabras y procuré usar un lenguaje más benévolo, siguiendo la regla calderoniana que dice: «la cortesía tenerla con quien la tenga». Parece imposible que no comprenda estas cosas, tan sencillas, un hombre que ha escuchado la evolución de mis ideas durante veinte siglos.

Mi erudición escasa no puede seguirle tan lejos; pero, hablando de nuestro tiempo y de nuestros hombres, le diré que el espíritu conservador no está en mí, sino en los revolucionarios petrificados, que ante los nuevos hechos no han sabido evolucionar y continúan aferrados a las antiguas ideas, a los viejos procedimientos, a la táctica desacreditada.

La guerra europea, con sus proporciones gigantescas, es un hecho nuevo y de tal trascendencia que anula todo lo pasado; y al salir de esta crisis inaudita el mundo habrá de reorganizarse por completo. Los que estén al terminar donde estaban cuando comenzó, merecerán una vitrina en un museo de antigüedades, pero carecerán de toda influencia en la vida futura de los pueblos.

Kropotkine, Grave y Malato, por ejemplo, evolucionan sin esfuerzo, porque tienen una sólida base de cultura general y de ideas propias; en cambio, la masa de los intransigentes, los amigos de Juan Rull y de la táctica brutal, esos no tendrán elementos intelectuales para evolucionar y quedarán retrasados, incommovibles, lanzando excomuniones a los cuatro vientos.

Otros, de entre los mismos intolerantes, se arrimarán al sol que más caliente y continuarán explotando los agenos entusiasmos, oficiando en otros templos y viviendo del producto de otros altares. A esos vividores del ideal, que se redondean mientras los demás se sacrifican, me refería yo al hablar de los mercaderes que hay que arrojar del templo anarquista. ¿Acaso no los conoce el compañero Andreu?

Corto de vista será, o ciego voluntario, si todavía no ha llegado a verlos, ya que ello es más interesante que la transformación en diario de un semanario que, como supongo no sea *Solidaridad Obrera* ni *EL PORVENIR DEL OBRERO*, ninguna importancia tiene para nuestra discusión. Concreto Andreu sus acusaciones y tal vez le contestarán muy cumplidamente los interesados.

Que corre el dinero, no lo dudo; y mi contrincante puede saberlo porque

está cerca de la fuente. El compañero Urales habló también de algo parecido y le han contestado con groserías y amenazas, pero no con datos ni razones.

Ya el otro día hice notar que a Manuel Andreu no le asusta el triunfo de Guillermo II; y él mismo lo explica por una serie de teorías evolutivas según las cuales los grandes imperios se ensanchan y se encogen, como se abre y se cierra un acordeón.

Tal vez será deficiencia de mi entendimiento; pero cuando Manuel Andreu se eleva por las regiones de sus teorías evolutivas, me hace el efecto de que habla del arquitrabe; en otros términos: que le vienen un poco anchas, como esa ciencia alemana de que se muestra tan entusiasta admirador y que seguramente no habrá profundizado en todas sus ramas.

Lo que en el fondo me parece haber comprendido es que Andreu no teme el triunfo de los alemanes y austriacos porque, según Bonafoux, no van a quedar ni los rabos. Ya le dije que no hiciese caso de Bonafoux, quien por el gusto de hacer un chiste sacrificaría, no solamente la verdad, sino también las afecciones más respetables.

Si Alemania triunfase no quedaría debilitada. Sin necesidad de acudir a teorías evolutivo-acordeónicas, todos sabemos que ha demostrado ser la más fuerte de todas las potencias bajo el punto de vista militar; podrá ser vencida por faltarle el dinero; pero si llegase a vencer, entonces, en vez de quedar debilitada, multiplicaría su poderío militar y su crédito financiero, puesto que podría imponer sus condiciones económicas a todos los pueblos del mundo.

Entonces ¿qué podrían hacer los revolucionarios? A esto no contesta Manuel Andreu, porque no es contestación decir que se haría la revolución en las naciones aliadas. No; si Alemania triunfa en ninguna parte se hará la revolución porque se habrá robustecido en todas las naciones, no ya el principio de autoridad, sino el absolutismo, el derecho divino, el militarismo desenfrenado. ¿No ve Andreu lo que ocurre aquí en España?

Todos los enemigos de la libertad y de la dignidad del pueblo se han puesto de acuerdo para favorecer el triunfo de Alemania y Austria. Los más católicos aplauden el bombardeo de la catedral de Reims y el saqueo de Lovaina y sonríen al representante de Lutero y al Gran Turco. ¿Cómo es esto? Pues porque saben que triunfando Alemania y Austria triunfan el jesuitismo y el absolutismo y el derecho divino de los reyes y el poder aplastante de las aristocracias militares; y que, en cambio, queda rota la declaración de los Derechos del Hombre y anulada la obra libertadora de la Revolución Francesa, de la cual nuestra Revolución Social no habría de ser la contradicción, sino el desarrollo, la natural consecuencia.

Comprendiéndolo así, los conservadores, clericales, militaristas y absolutistas, todos, sin excepción, han tomado partido decididamente por los imperios centrales; mientras que los amigos del pueblo, de la libertad, de la democracia, del progreso, de la revolución social, de la igualdad, de la independencia de los individuos y de

las naciones, todos se han declarado solidarios con los pueblos francés e inglés y posteriormente con el italiano; y no digo con el ruso porque en Rusia no es el pueblo quien hace la guerra, sino el zar, como en Alemania y Austria son los emperadores y sus camarillas, si bien los pueblos de estas últimas naciones han demostrado una lamentable sumisión y una vergonzosa compenetración con el partido militarista causante de la guerra y presunto organizador de las guerras futuras, si logra imponerse.

Sin embargo, la hermosa unidad de los hombres y agrupaciones de espíritu liberal tiene una negra mancha; hay que hacer constar la triste excepción de algunos anarquistas, no de los que con su abnegación e inteligencia crearon la doctrina y honraron su propaganda, sino del numeroso grupo de los intransigentes dogmáticos, de los partidarios de la brutalidad, incapaces de crear cosa alguna y en cuyas manos el anarquismo se ha convertido en una fuerza antiprogresiva, antiliberal, antidemocrática, al servicio de los imperios militaristas en el exterior y de los clericales militaristas y absolutistas en el interior.

No solamente desean estos anarquistas germanófilos, aunque afortunadamente no pueden, provocar huelgas e insubordinaciones en Francia, Inglaterra e Italia, para favorecer la acción militar de Austria y Alemania, sino que en España trabajan de concierto con los jaimistas, clericales y militaristas, en contra de todos los hombres y partidos liberales.

Manuel Andreu dice que hay quien cobra; yo lo ignoro; él, que en todos sus escritos habla de estas compras y ventas, debe saberlo mejor que yo. Lo que yo sé es que por mucho dinero que me diesen los acaudalados reaccionarios germanófilos no me convencerían de que puedo ayudarles a ellos contra los liberales y al Kaiser alemán contra el pueblo francés sin hacer una villana traición a las ideas liberales de toda mi vida.

La idea de que los afines son los peores y que hay que combatir a los republicanos y socialistas, aunque esto favorezca a los reaccionarios, es la misma idea del terrorismo de Juan Rull, que sostenía que había que hundirlo todo, malearlo todo, para que de la general catástrofe y a fuerza de exagerar el mal, llegase a surgir por arte de magia la sociedad del bien, del amor, de la armonía y de la tolerancia.

Por lo visto el espíritu de Rull permanece entre los que fueron sus compañeros y amigos. La defensa tardía e innecesaria que de él hizo Manuel Andreu lo dió a comprender; su insistencia en el mismo asunto lo confirma.

Nadie quiere llamarse francamente trullista, como ninguno de esos revolucionarios que sobreviven de aquella época, o que se han añadido después, quiere que le llamen germanófilo; pero de la abundancia del corazón habla la boca y el mismo Manuel Andreu, apesar de sus profundos conocimientos de la historia durante veinte siglos, no sabe esconder sus entusiasmos por la Kultura alemana, ni sabe callar cuando le hablan de aquel Juan Rull, que ejerció, antes que Tomás Herreros, la je-

fatura de los anarquistas intransigentes de Barcelona.

Juan Rull murió; pero el rullismo aún vive; el anarquismo germanófilo es el rabo del rullismo que todavía colea.

Lucifero.

Por Federico Urales

No necesita este compañero que le defendamos; se ha bastado a sí mismo contra enemigos más temibles que los que hoy le atacan; pero hemos de hacer constar que entre los que le califican de calumniador figura Tomás Herreros, el inventor de la culpabilidad de nuestro amigo Mir en la muerte de Anselmo Lorenzo.

Esta si que es una calumnia con todas las agravantes.

Los que ponen su firma al lado de la firma de Tomás Herreros carecen de autoridad moral para condenar a nadie por calumnia.

* * *

En cuanto a la forma, el escrito publicado en el número 264 de *Tierra y Libertad* contra Federico Urales, no puede ser más lamentable.

La táctica de la brutalidad en el hablar y el escribir ha causado al anarquismo español tanto daño como los petardos policíacos colocados en los urinarios de Barcelona.

Porque los conservadores y reaccionarios pueden con razón decirnos que una sociedad anarquista formada por hombres de esa mentalidad y ese carácter sería más insoportable, por falta de tolerancia, de amor y de respeto mutuo, que la actual sociedad burguesa.

El insulto y la bravata sólo demuestran la incultura de los que carecen de mejores razones.

* * *

Respecto de la personalidad moral de Federico Urales, debemos recordar que en el número 72 de *EL PORVENIR DEL OBRERO* (14 septiembre de 1901) se relataba una entrevista de Mir con Anselmo Lorenzo, de donde copiamos este párrafo:

«Mejor me han impresionado todavía que sus cualidades de inteligencia y de probada constancia, el corazón hermoso y la sensibilidad exquisita que mostró hablando de antiguos actos de solidaridad realizados por un compañero hoy discutido, Federico Urales, en ocasiones inolvidables. Yo había pronunciado este nombre para saber la opinión de Lorenzo, como he procurado también conocer las de otros compañeros, con motivo de las palpitantes contiendas periodísticas. Puede Urales alabarse de contar aquí (en Barcelona) con verdaderos amigos.»

Las palabras de Lorenzo que parecieran tan hermosas a Mir se referían a la conducta de Urales en las prisiones de Montjuich durante el famoso proceso. En las ocasiones graves, ante el peligro y la adversidad, es cuando se pone a prueba el temple de los hombres.

No conocemos personalmente a Federico Urales. Por sus escritos pudimos apreciar su poderosa inteligencia; pero son muchos los que escriben bien y esto vale menos que el carácter moral; por esto podemos decir que estimamos a Urales, más que por sus brillantes campañas en *Revista Blanca* y en *Tierra y Libertad*, por lo que nos contó Lorenzo de su entereza y de su bondad mientras estuvo preso en el castillo de los atroces martirios.

Nunca nos han contado nada semejante de los Herreros que hoy definen el dogma y reparten credenciales de buena conducta anarquista.

LA ABDICACIÓN

De un artículo publicado por A. Fabra Ribas en «La Justicia Social» de Reus, copiamos:

«Las responsabilidades de los partidos socialistas en Austria y Alemania, especialmente en esta última nación, eran enormes. Por fortuna, su potente organización, los éxitos sin cesar alcanzados y la preponderancia que ejercían en la Internacional entera les daban una autoridad enorme y constituían una garantía sobre cuyo valor nadie podía dudar.

Así se comprende que, a pesar de los vehementes deseos que animaban a los socialistas de Francia e Inglaterra de adoptar resoluciones concretas y precisas—la huelga general internacional en caso de movilización—para oponerse a la guerra, se atendiesen siempre las indicaciones de los alemanes al pedir que no se les creasen dificultades inútiles por el prurito de adoptar determinadas fórmulas y que se confiase en su táctica y en su amor a la causa para el día que debiesen afrontar grandes responsabilidades.

Todo el mundo—¡hasta los demócratas burgueses de fuera de Alemania!—otorgaron una confianza ilimitada al Partido Socialista alemán. Hacia él se concentraron todas las miradas cuando, después del ultimatum de Austria a Servia, se vió la posibilidad de que Alemania entrara en liza y desencadenara la tan temida conflagración europea.

...Alemania declaró la guerra a Francia y a Rusia, y la Democracia socialista alemana, lejos de responder a las legítimas esperanzas de la Europa liberal y de cumplir los compromisos solemnemente contraídos ante la Internacional, no sólo esbozó el menor gesto contra el kaiser y contra el militarismo teutón, sino que votó los créditos que ambos le pidieron para emprender la más abominable y criminal de las guerras.

Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring (el gran historiador del Partido Socialista alemán), Karl Liebknecht, Ledebour y otros han afirmado en la revista *Die Internationale* (La Internacional), cuyo primer número acaba de ser denunciado, que «el día 4 de Agosto (fecha en que la minoría socialista del Reichstag votó los créditos para la guerra) la Democracia socialista había abdicado».

No: «abdicado» es poco; «traicionado» es la palabra verdadera, y ésta seguramente hubiesen empleado los redactores de *Die Internationale* de no encontrarse bajo el imperio de la ley marcial.

Los directores de la Democracia socialista alemana, sabiendo que el gobierno francés no era partidario de la guerra y que había hecho todo lo posible para impedirlo, trataron de justificar su incomprensible actitud afirmando que su objeto era oponerse a la invasión rusa. A esta excusa ha contestado ya el *Volsfreund und Arbeiter Zeitung*, el órgano de los socialistas alemanes de Cleveland (Estados Unidos), diciendo que los *leaders* socialistas alemanes tuvieron en cuenta una sola fase del problema, y que, so pretexto

de dar la cara al zarismo, volvieron la espalda a la Internacional, añadiendo que «la decisión de los socialistas alemanes fué la señal, lo que dictó la conducta a los socialistas de los demás países.

¡Ah! ciertamente, los partidos socialistas y sus hombres más significados de Bélgica, Inglaterra y Francia han cometido errores de bulto desde que se declaró la guerra; mas esos errores, producto de las circunstancias especiales creadas por la guerra, son meros pecados veniales, fáciles de perdonar y corregir, mientras que los cometidos por los partidos de Austria y Alemania no son ni corregibles ni perdonables.»

¿Quién hizo a un número escasísimo de hombres propietarios del suelo y a los demás desheredados y esclavos de este mismo suelo? ¿Qué ha hecho otro hombre que sin trabajar recibe cada hora del día y de la noche mucho más de lo que su pobre vecino obtiene en todo el año como precio de su trabajo? De dónde procede tanta arbitrariedad? ¿Qué mano la escribió?

Lloyd George.

DE ALAYOR

Hace algún tiempo que me voy enterando de las cosas que ocurren en este desgraciado pueblo de Alayor y de cada día voy convenciéndome de que el pueblo es demasiado humilde y sería necesario que retirase algo de tanta humildad y exigiese que se cumpliera la justicia.

Bajo mi punto de vista, no diré que el pueblo se merezca los obstáculos que se presentan para que la Escuela Nueva pueda funcionar; pero de algo tiene la culpa, porque no sabe exigir el respeto a los derechos que le corresponden, y el despotismo se apodera de las conciencias débiles, llegando al extremo que ni siquiera es uno libre en su propia casa.

Recuerden los librepensadores alayorenses que circuló una lista con unos ciento ochenta suscriptos para separarse totalmente de la iglesia y todo fué hablar y no obrar, cuando debería ser todo lo contrario, esto es, hacer mucho y hablar poco y obrar a conciencia, para que los déspotas no pudieran burlarse nunca de nosotros.

Si en aquellos tiempos estaban alistados ciento ochenta y tres, si hubiésemos cumplido con nuestro deber, el pueblo sería hoy más honrado, porque al menos serían unos trescientos, y los déspotas temerían y las injusticias no recaerían sobre el pueblo.

Por esto quiero decirte pueblo de Alayor, que marches adelante y no temas; cumple con tu deber y serás honrado; obra en conciencia y piensa que los traidores viven de la tolerancia de los leales; pero que si estos duermen, entonces los traidores se aprovechan. No durmamos, pues, y luchemos siempre unidos y constantes.

Salud.

Rafael Juanico.

Mientras más estudio el mundo más me convengo de la imposibilidad de la fuerza bruta para crear cosas perdurables.

Napoleón en Santa Elena.

ASUNTOS VARIOS

En contestación al escrito que varios compañeros dirigen a Federico Urales, desde «Tierra y Libertad», hablando del titulado *El oro alemán en España*, que creen publicado, por primera vez, en estas columnas, debemos hacer constar que nosotros reproducimos el artículo de un diario de Barcelona.

**

Los compañeros residentes en Barcelona podrán adquirir nuestro semanario en:

Kiosko del Liceo, Rambla del Centro, Llano de la Boquería.

Kiosko de don José Pérez, Ronda de San Antonio, frente a la calle de Poniente.

Kiosko de don Francisco Nadal, calle Villanova.

También se encontrará en la Librería Piferrer, Paseo de la Rambla, 41, Sabadell.

**

A todos aquellos compañeros que preguntan el precio de los tomos III, IV, V, VI y VII de la «Revista Blanca», encuadernados, se les notifica que los cinco tomos valen 30 pesetas, y que pidiendo uno solo, o dos, son a 7'50 pesetas tomo, abonando además los gastos de franqueo.

Al que le convengan, diríjase a Severino Alvarez, kiosko «Escuela Moderna», en La Coruña.

**

En Italia se ha descubierto una estación radiográfica situada en un convento de frailes franciscanos, que servía para comunicar a los barcos austriacos las noticias que podían convenirles para causar mayores daños a las ciudades italianas.

Este es el patriotismo de las gentes de iglesia; sólo que en Italia serán castigados los frailes traidores, mientras que en España gozan de la mayor impunidad y de la influencia oficial.

Y de la simpatía de algunos anarquistas intransigentes.

Correspondencia

Alayor.—J. C.—Recibido 14'40 pesetas. Tienes pagado hasta el número 399.

Elda.—E. S.—Recibido 2'25 pesetas por conducto de *Acción Libertaria* número 23. Quedan 55 céntimos a nuestro favor contando hasta el presente número.

Coruña.—S. A.—Recibido 22'05 pesetas. Conformes con tu cuenta.

Malpartida de Plasencia.—D. R.—Recibido 5'65 pesetas, de ellas 3'75 para 5 *Demostración de la inexistencia de Dios* que enviamos certificados, y el resto para el periódico.

Játiva.—J. P.—Las 2 pesetas que sobran del pago de libros las anotamos como importe de tu suscripción.

Prado del Rey.—F. G. Recibido 2 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad* número 264.

Santander.—N. H.—Id. 1 id. por id. id. Necesitamos tu dirección para enviarte el libro que pides.

Barcelona.—F. N.—Enviamos 10 ejemplares desde este número.

Barcelona.—«Kiosko del Liceo».—Aumentamos el paquete desde este número.

Barcelona.—J. P.—Servimos 3 suscripciones desde este número.

Sabadell.—S. M.—Recibido 1 peseta. Servimos suscripción.

DE MALLORCA

Los Alcances de Ultramar

Habiéndose constituido en esta capital una Comisión para organizar y llevar a cabo una campaña nacional al objeto de recabar del Gobierno reanudar el pago de los alcances de Ultramar, suspendido por Real orden de 4 de agosto del pasado año, se ruega a cuantos tengan pendientes de cobro dichos créditos y necesiten consultar alguna cosa con la mentada Comisión que se dirijan a Sebastián Lérica o a Lorenzo Bisbal, (Sindicato 124), Centro Obrero.

También se hace saber a los interesados que dicha campaña se inaugurará el domingo 11 del corriente con un mitin público en el local indicado a las 10 de la mañana, a cuyo efecto serán repartidas unas hojas convocatorias.

Palma 3 Julio 1915.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES:

Suscripción: Un trimestre. Ptas. 1'00
Número suelto » 0'05
Paquete de 30 ejemplares. » 0'90

Para el extranjero se carga el precio del franqueo.

BIBLIOTECA DE EL PORVENIR DEL OBRERO

EL PATRIMONIO UNIVERSAL (*Conferencia sociológica*), por Anselmo Lorenzo.

LA ANARQUÍA, por Eliseo Reclus.

LA MUJER, *consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt.

Estos folletos se venden al precio de 15 céntimos ejemplar.

A los corresponsales se les hace el 33 por 100 de rebaja.

Los pedidos han de venir acompañados de su importe.

Libros y folletos

que pueden adquirirse en la «Tipografía Mahonesa», calle Nueva.

	Pesetas
«Vía Libre», por A. Lorenzo	1'00
«La religión al alcance de todos», por R. H. de Ibarreta	1'00
«Los Hijos del Amor», por F. Urales	1'00
«El abogado del obrero», por José Sánchez Rosa	1'50
«La Aritmética del Obrero», por José Sánchez Rosa	0'75
«El verdadero testamento del cura Meslier»	0'25
«La Anarquía y la Iglesia», por Reclus	0'15
«La mujer»	0'15
«El absurdo político», por Paraf-Javal	0'15
«Criterio Libertario», por A. Lorenzo	0'25
«El sindicato», por E. Pouget	0'15
«Las bases del sindicalismo», por E. Pouget	0'15
«Declaraciones de Etievant»	0'15
«Legitimación de los actos de rebeldía», por Etievant	0'15
«A los trabajadores»	0'05
«Biografía de M. Bakounine», por Rafael Farga Pellicer	0'10
«El ideal anarquista», por Ricardo Mella	0'25
«Las grandes obras de la civilización», por Ricardo Mella	0'15
«Entre campesinos», por E. Malatesta	0'10
«¿Por qué somos anarquistas?», por F. S. Merlino	0'10

Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón